

“Biografía hablada” de un proscrito

Porque soy un poeta
(Conversaciones con
Guido Leonardo Tamayo)

Mario Rivero

Colección Poesía Casa Silva, Bogotá,
2000, 235 págs., il.

Homenajeadó recientemente con el premio nacional de poesía José Asunción Silva, galardón que confiere la Casa de Poesía Silva a la vida y obra de un autor, Rivero no sólo se ha caracterizado por ser uno de los más fervientes indagadores de lo cotidiano, sino además por el tono urbano y a veces descarnado que hace presencia en la mayor parte de su poesía, con acierto supeditada por la infinidad de oficios que ejerció. Nacido en Envigado (Antioquia) en 1935, Rivero ha sido cantante de tangos, actor de teatro, declamador, granjero, vendedor de libros y obras de arte, guía de excursiones artísticas, crítico de arte (El Espectador y Dinners), locutor de radio (Monitor, en Caracol), director y fundador en 1972 de la revista de poesía Golpe de Dados —según el poema de Mallarmé—, y, como se puede ver, poeta.

“El libro que el lector tiene en sus manos —aduce Guido Tamayo en las palabras preliminares de su entrevista con Rivero— es el producto de muchas jornadas de conversación con Mario. [...] No hubo, pues, el menor asomo de egoísmo (sus silencios fueron sencillas pausas de la memoria) y tanto su experiencia vital como la experiencia intelectual fueron fluyendo y articulándose para construir finalmente el difícil y disímil tejido de su vida”. Tamayo nos brinda en *Porque soy un poeta* un brillante acercamiento a la labor de uno de los poetas más conocidos en el país, el cual resulta especialmente llamativo si se ve la complejidad de su vida, marcada por el contacto con parte de los artistas más representativos de la última centuria en Colombia y matizada por las nostal-

gias, la saudade, la antioqueñidad, las mujeres y la errabundancia.

Porque soy un poeta recoge la “memoria” de Mario Rivero en una completa y diversa entrevista que se va desarrollando temáticamente en nueve capítulos, en los que el periodista logra reunir temas como el tango, el bolero, la pintura, la literatura colombiana, la crítica, la religión —en la que se plantean ciertos gustos por el esoterismo y en especial por las enseñanzas de Gurdjieff y Ouspensky en lo que se conoce como El Cuarto Camino, y el sinnúmero de recovecos que el trasegar de Rivero fue tomando. Ese ir y venir ha marcado sin lugar a dudas el tono triste y “callejero” de la creación en Rivero, guiada por los diversos oficios del ser humano dentro del patetismo que éste se permite. “Oficinistas, obreros, desempleados, prostitutas, ángeles caídos, perdedores de múltiples procedencias, etc”. Estas confesiones decantadas en una conversación algo erudita, algo metódica, preservan el libro como una autobiografía en la que prácticamente nada está escondido al lector, que puede ver cómo el veredicto de que “la felicidad desnuda a la poesía” cala en la vida de este confeso asceta.



Rivero se reconoce a sí mismo como un melancólico y un solitario; su poesía alude a la mojigatería de la que fue víctima y a la que su estilo, algunas veces visceral y otras estoico, enfrenta con el carisma de su misantropía y su resentimiento. Quien

lee *Porque soy un poeta* puede ver en suma reflejado todo el hastío que se ha vertido en su obra, así como el influjo —valga la reiteración— de lo cotidiano, punta del iceberg en lo concerniente a la poesía que Mario Rivero inaugura en nuestro país.

Sumergido en lo nocturno, en lupanares y sordideces, tantas veces sometidas a la lente de la literatura, el poeta parece reconocerse en lo diáfano. Proscrito de todo y rodando por el misterio y cierto aire que ha estereotipado la poesía alrededor de lo decadente, Rivero ha encontrado, sin embargo, un punto de equilibrio con su experiencia, en la que la música determina muchas de sus filias afectivas y creativas. El tango, por ejemplo, reducto de muchas migraciones y problemáticas metafísicas, parece lindar con la personalidad de Rivero, al inscribirse como mezcla entre la tradición y el orgullo porteño —el compadrito que defiende su dignidad y que opta por el colapso o la venganza— y que sin embargo se replantea en el romance, el erotismo y la desidia de existir. Valga anotar que la tendencia de la poesía a la tristeza convoca toda suerte de elementos que han hecho mella en las artes y que, como en la sentencia de Enrique Santos Discépolo, “el tango es un pensamiento triste que se baila”, aluden no a la postura sino al estado del ser, apropiación de la realidad en la que Rivero apoya su poesía, amparada además en la intensa melomanía de quien convoca a sus fantasmas con el impulso cardíaco de un proscrito que les requiere:

CANCIÓN PARA LA DONCELLA

¿Ya te olvidaste de cuánto

[gemiste alguna vez
debajo de mí,

en la gruta de aquel cuartico de
[pensión?

[...]

En interminable acto de

[contrición
todos los días elevaré hacia ti mi

[humilde plegaria,
con las manos unidas

[piadosamente...

Dentro de la charla que el poeta mantiene con Tamayo, versada en tantos temas como es posible hallar en la mente de dos buenos conversadores —al final el libro muestra un extenso índice onomástico—, salen además a flote algunas disquisiciones sobre el arte como expresión, sobre esa Medellín infatigable de la infancia, los amigos, la muerte y otros ítemes que atienden al camino que Rivero tomó en su travesía por la vida, todo ello en razón de entrever el sentido de su obra como una dualidad o tal vez más que eso, y sin hacer algún tipo de paralelo con Pessoa —que ni cabe hacerlo— para mostrar la enajenación en la poesía a través de “la costumbre de ser otro” y a raíz de ese discurso de Whitman en el que la experiencia del mundo muestra más que la biblioteca que nos presenta el conocimiento como la fuente más alta de riqueza. Ese ir a los fenómenos sin más, o buscar su sentido metafísico a partir de la vida diaria, convoca tal vez la más fuerte influencia que pesa sobre Rivero, Walt Whitman, autor en el que encuentra manifiesta la idea de que, ya en palabras de Rivero, “la poesía no debe expresar más que la aventura del hombre [...] debe tener una intensa calidad de testimonio”. En este mismo apartado, en el que se llega a tener claridad sobre las influencias y el sentido de su obra, se puede ver al poeta cuyos votos por la humanidad dan sentido al hecho creativo, a ese trotamundos que deviene en testigo de la existencia de otros:

Quise hacer la sustitución del lenguaje ampulosamente poético por el lenguaje de todos los días, quise emplear un tono más sencillo y empecé a hablar también a la vez de mecanógrafas y de empleados y de obreros, de pobres hombres que trabajamos, amamos y padecemos, poniendo así mi voz al servicio del hombre de la calle, del hombre común y de un mundo sudoroso y prosaico...

Cabe anotar que, acompañando las simpáticas regresiones que Rivero hace de la mano de su entrevistador, el libro reúne fotografías que denun-

cian a un Rivero acoplado a las temporalidades de su vida, algunas veces intrincada en el afán comercial, otras cantando tangos o lucubrando desde su casa en La Candelaria. El libro cierra con el *Diccionario de preguntas inútiles*, título que desde luego no le corresponde, y en el que Mario Rivero responde a algunos interrogantes que para muchos suelen ser lugares comunes pero que en este caso engendran todo un mundo de implicaciones, más cuando quien las resuelve es un autor que pasa revista a su vida y que tiene a su favor el don de las palabras.

CARLOS ANDRÉS
ALMEYDA GÓMEZ

“Del poema bien servido”

Imaginación y oficio. Conversaciones con seis poetas colombianos

Piedad Bonnett Vélez

Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2003, 217 págs., il.

Los libros de entrevistas a escritores, y a artistas en general, no son muy comunes en Colombia (tampoco sé si en otras partes son abundantes, valga la verdad). Es más corriente, a veces con mucha bulla, el libro de entrevistas a ex presidentes, a políticos, a personajes al margen de la ley, y a gente de la farándula. Ello es una práctica acorde con el generalizado gusto musical por el vallenato y por el corrido mexicano. El lector común quiere chismes, y saber cómo son por dentro los mitos que han construido los medios masivos de comunicación.

En los periódicos, las entrevistas a los artistas se han vuelto cada vez más insustanciales, más frívolas y, claro, más ignorantes. Amén del detalle de que, si no es un relumbrón, el espacio dedicado a este género es de, máximo, media página.

Entre los libros de conversaciones con artistas que uno mejor pue-

de recordar están, sin duda, *Me tocó ser así*, de José Hernández con Luis Caballero; *El reino que estaba para mí*, de Fernando Quiroz con Álvaro Mutis; *El olor de la guayaba*, de Plinio Apuleyo Mendoza con García Márquez; *Patadas de ahorcado*, de Juan Carlos Iraragorri con Antonio Caballero; *Porque soy un poeta*, de Guido Leonardo Tamayo con Mario Rivero; *Roda*, de Andrés Hoyos con Juan Antonio Roda; y *Alejandro Obregón ¡...A la visconversa!*, de Fausto Panesso con Alejandro Obregón.



De todos ellos (puede que haya algunos más) uno puede decir que son libros valiosos por la calidad de los entrevistados, por su rica experiencia, por la sabiduría que han acumulado a lo largo de sus vidas, por la narración de sus dificultades y de sus éxitos, por las intimidades que salen a flote acerca del oficio y de la disciplina, y por las contradicciones asombrosas que anidan en todo espíritu creativo. Cuánto camino inútil se ahorrarían tantos artistas o estudiantes de arte que comienzan apenas el empedrado recorrido de las letras, de la pintura, del periodismo, etc., con la lectura de estos libros o de libros similares (sin descontar, claro, el peligro que corren quienes no saben separar el grano de la paja, y subrayan aquí y allá conceptos y respuestas que luego asumen ciegamente).

Pensando en la escasez de este tipo de publicaciones, y en la dispersión de entrevistas y críticas en los periódicos y revistas del país (así lo